

EL ULTIMO DUQUE DE FRIAS (DON JOSE FERNANDEZ DE VELASCO Y ESFORZZA)

PABLO MOYANO LLAMAS
ACADEMICO NUMERARIO

Señores académicos y amigos todos:

El día 8 de mayo de 1.986, hacia las seis de la tarde y víctima de un enfisema pulmonar, fallecía en Madrid, en la clínica Loreto acompañado de su esposa y familiares más íntimos, el Excmo. Sr. D. José Bosio María de la Concepción Fernández de Velasco y Sforzza-Cesarimi, décimo octavo Duque de Frías, Conde de Oropesa y de Fuensalida, Marqués de Berlanga, de Frechilla y Villarramiel, Señor de Montemayor y Conde de Alcaudete y bailío de la Soberana Orden Militar de Malta. El día siguiente, nueve de mayo, era enterrado en el panteón de la Casa Ducal de Frías, en la sacramental de San Isidro. Antes, ante la capilla ardiente, instalada en el sanatorio madrileño de La M.30, tuvo lugar una Misa còrpore insepulto concelebrada por el Illmo. Monseñor Juan José Jiménez Medina, capellán de la Orden de Malta y un servidor. Familiares junto con su esposa, representantes de la Nobleza, Soberana Orden Militar de Malta y en nombre de la Casa Real Española y de sus Majestades los Reyes Don Juan Carlos y Doña Sofía -ausentes en viaje oficial a Jordania- el Marqués de Mondéjar, Excmo. Sr. D. Nicolás Cotoner, Jefe de La Casa de Su Majestad el Rey. También un numeroso grupo de amigos del Sr. Duque y una muy amplia representación de Montemayor constituida en su mayor parte por los empleados y trabajadores de la Casa Ducal de Frías.

Varias son las razones que me han obligado a pergueñar esta semblanza del XVIII Duque de Frías. En primer lugar su rica y valiosa personalidad. En segundo lugar la profunda vinculación del Sr. Duque de Frías con Córdoba y más concretamente con Montemayor donde él soñaba siempre volver, hasta el punto de que en los últimos días de su vida no tenía otro pensamiento que marchar al castillo convencido de que allí encontraría alivio para su quebrantada salud con los vientos de sus torres y las salidas al campo. El Duque de Frías contaba los días que le faltaban para venir a sus tierras de Córdoba. Por último me mueve también la amistad cordial con que me distinguió siempre y su pertenencia como Académico de Honor de esta Real Academia de Córdoba, de la que siempre me hablaba con calor y agradecimiento.

El Duque de Frías nació en Roma el día 2 de Julio de 1.910. Era hijo de Don Guillermo Fernández de Velasco y Balfe, Conde de Oropesa el cual sucedió a su hermano D. Bernardino, muerto sin descendencia, en el Ducado de Frías. D. Guillermo Fernández de Velasco, era Oficial de Caballería, defendió las posesiones españo-

las en Cuba hasta los días amargos de 1.898. Gran patriota, hombre lleno de valor y a la par de basta cultura y de un gran conocimiento de idiomas. Vuelto de Cuba estuvo al servicio directo de La Reina Regente confiándole misiones que exigían prudencia y lealtad a toda prueba. Posteriormente sería destinado a La Embajada de España ante El Quirinal como Agregado Militar. El Conde de Oropesa contraería matrimonio con Doña Carolina Sforzza Santacruce, hija de Bosio Sforzza Cesarini, Conde Santa Flora, Noble Romano, de los Duques Sforzza-Cesarini. Doña Carolina Sforzza pertenecía por rama paterna a una de las familias de mayor renombre en el renacimiento italiano, por la rama materna a otra cuya antigüedad según algunos se remonta muchos siglos arriba, hasta Constatina.

Como dije, el día 2 de julio de 1.910 nacería, fruto de ese matrimonio y en el vetusto palacio Santa CROCE, ubicado en un viejo barrio de Roma, donde se conjugan la pobreza de casas humildes y grandes palacios, José Fernández de Velasco y Sforzza que más tarde sería el XVIII Duque de Frías y el último Condestable de Castilla, nuestro estimado antiguo y hasta su muerte, miembro de Honor de esta Real Academia. De las familias Fernández de Velasco y Sforzza-Cesarini heredó nuestra biografía de su recia personalidad y una predisposición natural al servicio de la cultura y de la alta política. En Roma pasó los veinte primeros años de su vida, acompañado de sus padres y también de su hermana Carolina, unos años mayor que él y que más tarde contraería una enfermedad mental fruto de una meningitis que la obligaría a vivir recluida en un centro hospitalario, hasta hoy donde aún vive, ya octogenaria. Su vida romana la compartía D. José Fernández de Velasco con sus frecuentes viajes a Madrid, a Montemayor, Berlanga, etc. Y en Roma estudiaría la carrera de Derecho pero acudiendo a examinarse a la Universidad de Salamanca, concluyendo la carrera cuando apenas contaba veinte años. Y desde esa atalaya privilegiada que es Roma pudo seguir con creciente interés la difícil trayectoria de la política española convulsionada por revueltas y por una situación social muy preocupante. En el año de 1.931, -año de la proclamación de la Segunda República- José Fernández de Velasco cumple el servicio militar en el Batallón de Zapadores Nº 1, Campamento de Carabanchel donde se hace Oficial de Complemento. En ese mismo año fallece su madre Doña Carolina Sforzza-Cesarini. La familia se instala definitivamente en Madrid. En Madrid vive junto a su padre, y al calor también de sus tías. De hondas convicciones monárquicas es testigo del exilio del Rey Alfonso XIII, cuyo ayudante de campo y leal servidor hasta el exilio fue el Duque de Miranda, padre de Doña María Inmaculada de Silva Azlor y Aragón, que más tarde contraería matrimonio -como veremos- con Don José Fernández de Velasco y Sforzza. Y entre Madrid y Montemayor pasa esos años claves de la vida española, de tantas convulsiones y conflictos tan profundos que desembocarían en La Guerra Civil de 1.936. En sus viajes y estancias en el castillo de Montemayor aprendió también de su padre una de sus grandes aficiones; el amor al campo y a la ganadería.

En Febrero de 1.936 muere su padre D. Guillermo Fernández de Velasco y -como es lógico- hereda el título de Frías siendo él el número XVIII.

El día 18 de Julio estalla la Guerra Civil y el Duque de Frías se suma al Alzamiento Nacional ingresando en el Cuartel de Infantería Nº 1. Entre tanto el Archivo Ducal de Frías, uno de los más importantes de la Nobleza Española, fue depositado en el Monasterio de las Comendadoras de Santiago, donde se salvó milagrosamente y por razones no son del todo conocidas de ser destruido.

En plena calle, un día el Duque junto con algunos compañeros, fue descubierto por miembros republicanos e ingresó en la cárcel de San Antón, temiendo todos los días y a todas las horas que llegara el final de su vida. Cuando más esperaba la muerte por fusilamiento, alguien sacó al Duque de la cárcel, lo metió en un coche, y le ordenó que caminara bajándolo del vehículo. Anduvo varios centenares de metros temiendo un

tiro en la nuca. Pero inexplicablemente cuando miró hacia atrás sus libertadores habían desaparecido sin dejar rastro alguno. Sintióse libre el Duque atravesó varias calles y se refugió en la Embajada de Chile. Sin duda alguna sus libertadores -o su libertador- tal vez no supieran con plena certeza el papel que Frías había jugado uniéndose al Alzamiento. O tal vez fue una mano amiga y extremadamente poderosa la que lo salvó de una muerte segura en esas fechas claves en que tantas vidas fueron segadas. Consta que en los últimos meses de la Guerra Civil el Duque de Frías vivió, ya fuera de La Embajada Chilena, en casa de un amigo tradicionalista.

Ya al final de la Guerra, Don Julián Besteiro, a cuyo cargo había quedado Madrid, buscó al Duque de Frías para que este se encargara de entregar a Franco en nombre del Coronel Casado, la capital de España. Con algunos compañeros Frías atravesó las líneas de fuego y llevó hasta las manos de Don Francisco Franco la rendición de Madrid, que de esta forma se vería librada de los últimos ataques. Frías con este cometido había jugado un papel realmente histórico en esa entrega y en ese final de la Guerra.

Poco después, concretamente el día 28 de Junio de 1.939 en la Parroquia de Ntra. Sra. de la Asunción de Zarauz contrajo matrimonio con María Silva de Azlor y Aragón. Fueron sus padrinos el padre de la novia, Duque de Miranda, y la Marquesa de Frechilla, tía del duque. Desde entonces y hasta el momento de su muerte, María Silva de Azlor y Aragón sería siempre la esposa que acompañó al Duque de Frías en todos los actos de su vida social y pública con una entrega y altura realmente admirables. No olvidó Franco los servicios prestados a la causa Nacional por el Duque de Frías. No mucho después de la Guerra el Duque marchó a Roma, a la misma Embajada donde su padre había servido a España y a la Monarquía. Fue el suyo un cargo honorífico en calidad de Agregado. En el verano de 1.943 el Duque decide el traslado del Archivo Ducal de Frías al castillo de Montemayor siendo instalado en unas amplias dependencias del castillo, junto a las columnas romanas que habían servido para construir los arcos en el siglo XIV. A partir de ese traslado Montemayor, su castillo y Archivo fueron la gran pasión de Duque de Frías. Pero le esperaban tareas de alta responsabilidad política.

Decidida por fin la sucesión de Francisco Franco en la persona del Príncipe Don Juan Carlos, por acuerdo de S.A.R. el Conde de Barcelona y del General Franco Frías fue nombrado Jefe de la Casa de Su Alteza Real el Príncipe de Asturias sucediendo al duque Soler T. No se olvide que Frías gozaba de la estima y amistad del Conde de Barcelona y a su vez de Francisco Franco que no había olvidado sus servicios. En esos años claves de la formación del futuro rey de España Frías jugó un papel de primera importancia. Con gran frecuencia hablaba con Franco sobre la formación del Príncipe y de todo los asuntos relacionados con la Restauración. El Príncipe sentía una profunda estima por el Jefe de su Casa. Honró el castillo de Montemayor en una visita que los lugareños recuerdan con nostalgia. Cuando Don Juan Carlos marchó a Atenas para contraer matrimonio con la Princesa Sofía, hija de los Reyes de Grecia, el Sr. Duque lo acompañó demostrando en esa ocasión sus altas cualidades diplomáticas. Pero su salud ya había comenzado a resentirse y dejó el cargo, poco después de la boda, para consagrar su tiempo, sus fuerzas y su vida a sus grandes amores: el campo, los legajos del Archivo Ducal y sus estancias en Madrid, Berlanga o Roma donde tenía casa y posesiones heredadas de su madre. De Roma trajo hasta el castillo de Montemayor también objetos de gran valor; mobiliario, cuadros, porcelanas, libros.

Pero todavía caerían sobre sus hombros nuevas responsabilidades. El día 21 de Enero de 1.972 el Duque de Frías era nombrado bailío de la Soberana Orden Militar de Malta de la cual ya era miembro. El Duque de Frías se entregó en cuerpo y alma a esa Orden promoviendo constantemente su acción caritativa y social. Particular empeño ponía en la peregrinación de enfermos a Lourdes, a la cual siempre acompa-

ñaba junto con la Duquesa, su esposa, sirviendo de enfermeros y atendiendo enfermos. También incrementó sus servicios para con la leprosería de Fontilles. En Madrid fueron famosas las tómbolas y los rastrillos para recaudar fondos para mejor atender a sus fines.

Los Duques de Frías alternaban sus estancias en Madrid con temporadas en el castillo de Montemayor. Eran también frecuentes sus viajes al extranjero sobre todo Inglaterra, Italia, Francia, cuyos idiomas dominaban perfectamente. Pero -como dije- la pasión del Duque de Frías era su castillo de Montemayor. Y el campo. Mantenía intactas las aficiones de su padre, aunque no fueran rentables. Así ocurría con la crianza de ganado vacuno que él mantuvo siempre en recuerdo de su padre. Mientras tuvo salud y fuerzas ni un solo día dejaba en blanco sin visitar los cortijos: los tres cortijos que se llaman con nombres cargados de historia y casi de leyenda: Mingo-Hijo, Cabezas de los Navarros, El Chaparral. Tierras heredadas desde que Martín Alfonso Fernández de Córdoba las comprara en la primera mitad del siglo XIV. Tierras con sabor a recintos ibéricos como Dos Hermanas o el Cerro de la Mazmorra adonde un día subimos andando cuando el Duque tenía algún ganas de trepar cuestras y adonde también otro día acompañé a Don Juan Bernier. El Duque de Frías gozaba visitando los trigales, hablando con los encargados y trabajadores. Tal vez sean los suyos los últimos cortijos clásicos de la campiña cordobesa. No quería cortijos vacíos. Los quería llenos de animales: gansos, pavos, gallinas, mulos, caballos, pajunos. Y siempre blancos como una paloma. Durante muchos años, en tartana o en un dos caballos en plena siesta del verano, los Duques de Frías enfilaban la carretera de la Estación, camino del campo. Le encantaba adentrarse en la huerta, pedir a escondidas un cigarro al tractorista para fumárselo sin que la Duquesa lo notara, porque lo tenía prohibido. Y cuando no estaba en Montemayor, no pasaba ni una semana sin llamar al Ingeniero Don Enrique Vázquez o a los encargados Francisco Aguilar, Antonio Gómez Moreno, Miguel Ángel Marín, Gabriel Llamas para tomar el pulso a la labranza, la marcha de las sementeras o las crías del ganado. El Duque era un auténtico enamorado de Montemayor, de la vida en los pueblos. Disfrutaba tomando unas copas con el círculo de amigos en la plaza del pueblo o en cualquier lugar. Mientras tuvo salud y se sentía con fuerzas no le importaba dejar pasar las horas y las horas en amable tertulia. Conocía a fondo a muchísimas familias que o estaban en el servicio de su casa o habían pasado algunos años trabajando en los cortijos. Y estaba siempre dispuesto a prestar los favores que estuvieran en sus manos, bien mediante recomendaciones y cartas, bien directamente cuando alguien le solicitaba algún favor sobre arrendamientos, cesión de algún terreno por parte de los encargados y obreros de su misma casa. Durante toda su vida mantuvo en los cortijos de su propiedad un número bastante numeroso de familias, aproximadamente unas veintisiete en los años últimos. Facilitó arrendamientos en algunas parcelas de su propiedad continuando la línea seguida decenios atrás por su tía la Condesa de Fuensalida que repartió allá en los primeros años de este siglo no pocas tierras de Montemayor. De hecho aunque el Duque de Frías mientras vivió labró directamente unas mil quinientas fanegas de tierra La Casa Ducal en tiempos de su padre y de sus abuelos se había desprendido de enormes extensiones de terrenos y cortijos en Montemayor, tales como Dos Hermanas, Alamillos, Dueznas, El Plantonal, La Rátosa, etc. Don José Fernández de Velasco estaba muy aferrado en que su patrimonio no se dispersara. Además solía decir que así estaba prestando una gran función social por el mantenimiento continuo de tantas familias. Detrás de esas convicciones estaban nada más y nada menos que seiscientos años de profundas raíces ancladas en la historia cordobesa de los Fernández de Córdoba sus antepasados. Todos ellos sintieron cariño por Montemayor. Pero de hecho ninguno tanto como nuestro biografiado. De toda la saga fue él quien más tiempo pasó en el castillo, quien más se interesó por los problemas del campo, quien más estuvo enlazado con la vida social,

cultural y política de Córdoba. El Duque de Frías contaba en nuestra capital y provincia con muchísimos amigos, conocía a muchísimas personas, gozaba invitando a su mesa a los amigos, sobre todo mientras su salud estaba más intacta. Esta se resquebrajaba allá por los años 55 en que tuvo que sufrir una operación de pulmón en Alemania que ya entonces hizo temer por su vida. Repuesto, aunque ya nunca del todo -un pulmón hubo de anulársele- el Duque de Frías recobró toda su capacidad de trabajo y de ilusión.

Entre esa ilusión estaba la del castillo. En ningún otro lugar se sentía el Duque tan a gusto. Ni en Madrid, ni en Roma, ni en Berlanga adonde también le gustaba pasar algunas temporadas. Este interés por el castillo de Montemayor se concretó a lo largo de sus años en muchísimas obras de mejora. Junto con su esposa supieron hacer del castillo una mansión admirable y acogedora. En el castillo instaló una gran biblioteca, adecentó salas, creó un parque muy sugestivo donde los pinos, altos casi besaban las almenas de las torres, y dan prestancia a la imponente fortaleza, una de las pocas que se han mantenido intactas en nuestra provincia. El hecho de mantenerse como viviendas habitadas y habitables, han salvado de la ruina los castillos de Espejo, Almodovar y Montemayor. Otros muchos son hoy un montón de piedras semiderruidas, aunque existe un mejor afán por salvar lo que queda en pie. La última gran reforma -a mi juicio no del todo afortunada- se hizo en vida del Sr. Duque bajo la dirección del arquitecto Don José Garnelo. La señora Duquesa de Frías ha sabido mantener viva esa llama de conservar ese patrimonio con algunas mejoras, sobre todo en los accesos a la noble mansión, verdadero museo y mudo testigo del paso de los siglos en arte, pinturas, mobiliario, legajos. El castillo de Montemayor nació -como todos- no destinado a mansión permanente de sus nobles moradores sino como bastión para la defensa en tiempos de Reconquista. Pero con el tiempo se convirtió en una vivienda noble, sino muy amplia en salas espectaculares sí al menos suficiente y digna. Accesos, patios interiores, escaleras, dependencias se fueron enriqueciendo con el correr del tiempo hasta constituir una mansión casi regia, que no envidia nada a los famosos castillo del Loira, hoy ruta obligada para todos los turistas que visitan Francia. El castillo de Montemayor une a la nobleza de sus piedras milenarias el valor incalculable de sus cuadros, porcelanas, tapices, crucifijos, biblioteca, jardín y honor interior, en buena medida fruto del empeño de los últimos Duques de Frías.

Faceta intelectual del Duque de Frías

Pero vengamos ahora a otra faceta importantísima de la vida del Duque de Frías. Como ya se ha dicho el Duque de Frías estudió la carrera de Derecho en Salamanca, desviándose así de sus predecesores en el título que habían seguido la carrera de las armas, coincidiendo con ellos en el servicio a la Monarquía y a la causa de España o de la Iglesia de la cual se sentía hijo fiel y católico practicante. Era hombre de Leyes, pero era, por vocación y por entrega, un hombre de historia, un investigador nato, un enamorado de los Archivos y del estudio de nuestros siglos pasados, sobre todo de nuestra Historia medieval. De hecho bastaba charlar un rato con él para darse cuenta de la profunda y basta formación histórica que encerraba su cerebro. El Archivó Ducal de Frías no era para él un mero patrimonio. Era la fuente donde día tras día, año tras año, bebía sorbo a sorbo el agua que alimentaba su cultura, su ponderado juicio, cuando sacaba a relucir temas de la Historia de España perdía la noción del tiempo, el coloquio se transformaba en monólogo, y sin pedantería alguna te narraba hechos, relacionaba episodios, tomaba partido por monarcas y nobles, o te narraba con detalles mínimos los descubrimientos que había hecho buceando en los legajos de sus estantes. Cuando pasaba temporadas en Montemayor estaba en el campo o estaba invariable-

mente hundido en los legajos del Archivo. Hombre de lectura y hombre de reflexión permanente poseía una memoria prodigiosa para recordar fechas, situaciones, y para analizar no sólo los hechos sino las raíces que los produjeron. Estaba además al día. Sus contactos permanentes, su amistad con personajes de la nobleza, la milicia y la política, los puestos que había ocupado y su constante lectura le hacían no sólo estar al día del acontecer antiguo y moderno sino también mantener una actitud crítica no exenta de ciertas dudas. El Duque estaba curado de espanto y no se extrañaba de nada. La vida le había enseñado tanto como los libros. No le asustaron nada los cambios políticos del 77 y del 82 cuando se legalizó el partido Comunista o el Socialismo alcanzó el poder. ¡No pasa nada! Le gustaba decir en coloquios entre amigos.

Fruto de sus investigaciones en el Archivo de Su Casa fueron muchos artículos publicados en distintas revistas y sobre todo en el Índice del Archivo de la Casa de Frías.

Sin duda alguna fue ésta -la publicación del Catálogo del Archivo- su gran obra histórica. El Archivo era muy amplio -unos dieciséis mil legajos- pero estaba completamente desordenado. Allá por los años 50 el Duque de Frías acomete la ingente obra de ordenar el Archivo con la colaboración de la Dirección General de Archivos y Bibliotecas, regida entonces con mano maestra por Don Francisco Sintés Obrador. La mayor parte del costo de esa publicación corre a cargo del mismo Duque que prestaba así un inmenso servicio a la cultura española. Redactan el primer tomo del catálogo María Teresa de la Peña Marazuela y Pilar León Tello. En ese primer tomo el Duque escribe una larga y formidable introducción que demuestra su conocimiento del Archivo y sobre todo de los personajes sobre los que versan esos legajos: muy fundamentalmente La Casa de Velasco, cuyas raíces se remontan al reino de los Godos en las montañas santanderinas, no lejos de Laredo. Tres mil doscientos quince legajos ocupan el primer tomo del Catálogo. Arnedo, Belorado, Berlanga, Briviesca, Burgos, Cerezo, Fresno, Frías, etc. Contratos, Testamentos, Ventas, Cédulas Reales, Bulas, capitulaciones matrimoniales, documentos públicos y privados, Ordenanzas, diezmos, inventarios. Muchas villas y señoríos castellanos cobran vida y desvelan historia viva en las páginas de este tomo. Baste reseñar la amplísima documentación sobre el Monasterio de Silos, imprescindible para comprender la importancia de ese centro de vida monástica cuya proyección espiritual y cultural cobra hoy particular realce al permitir convivir por unos días y participar de la vida litúrgica, de la paz y del silencio a quienes lo solicitan. Este tomo verá la luz en 1.953.

Catorce años después, en 1.967, se publicaría el segundo tomo del Archivo Ducal de Frías, bajo la dirección de Pilar León Tello y también con un estudio introductorio del mismo Sr. Duque de Frías que analiza como interesado empeño el importante papel jugado por este apellido. Marquesado de Villena, Condes de Montalbán, Duques de Uceda.

El libro concluye con el árbol genealógico de estas casas que arrancando de Don Martín Vázquez de Acuña llegan hasta Don José Fernández de Velasco y Sforza, XVIII Duque de Frías. Es decir, desde el siglo XV hasta nuestros días, pero con antecedentes desde 1.330.

El Tercero y último tomo del Catálogo se publica en 1.973 y se ocupa de los Condados de Oropesa y Fuensalida con sus agregados. También este tomo, realizado por Pilar León Tello, lleva el prólogo del Duque de Frías y se abre con una precisa lámina, primera página de la Ejecutoria sobre tenuta del Condado de Alcaudete y Señorío de Montemayor. Se cierra con otro árbol genealógico parcial de los Condes de Oropesa.

Si todos los tomos del Catálogo son importantes este nos interesa particularmente a nosotros, por su documentación sobre los Fernández de Córdoba, tan ligados a la reconquista y a nuestra historia particular, y por reseñar, desde el legajo 474 hasta el

723 documentos referentes a Alcaudete y Señorío de Montemayor. Testamentos, cortijos, pleito, ejecutorias, donaciones, ventas, capellanías, inventarios de los bienes del Señorío, y hasta informes sobre enfermedad de viruelas en el ganado lanar, en 1.697, así como una descripción de la villa de Montemayor, vecindad, frutos, comercio, etc. en 1730.

A juicio del Marqués de Lozoya, la publicación de esos volúmenes iguala en valor a los índices de la Colección Salazar y Castro editados en su día por la Real Academia de la Historia.

El Duque de Frías soñaba al final de su vida en la publicación del cuarto y último tomo del Catálogo del Archivo. No pudo ver consumada esa obra en la que tanto dinero y tantos años había gastado.

No pasó desapercibida en Madrid la labor investigadora y publicista del Duque de Frías. Así el día 11 de Enero de 1.974 era propuesto como Miembro Numerario de la Real Academia de la Historia por los Marqueses de Desio, Lozoya y por Don Angel Ferrari Núñez. No era el primer Duque de Frías que alcanzaba tan alto honor. El día 24 de abril de 1.853 fue nombrado Académico de Honor su bisabuelo Don Bernardino José Fernández de Velasco Téllez de Girón, XIV Duque de Frías, XVIII Conde de Haro, Presidente del Consejo de Ministros de Isabel II, etc. y miembro también de La Real Academia Española de la Lengua. Un año más tarde, el seis de abril de 1.975, el Duque de Frías leía un discurso de Ingreso sobre "EL CONDESTABLE DON IÑIGO FERNANDEZ DE VELASCO, GOBERNADOR DE LOS REINOS, Y SU MUJER DOÑA MARIA DE TOVAR". Sería contestado por el Excmo. Sr. D. Juan Contreras y López de Ayala, Marqués de Lozoya. Presidió la sesión académica el Príncipe de España Don Juan Carlos de Borbón y Borbón junto con la Princesa Doña Sofía de Grecia, su esposa. Don Juan Carlos con su presencia no sólo realizaba el acto sino que además expresaba su estima personal y su gratitud a quien durante años le había servido con lealtad y entrega agotadoras en calidad de Jefe de su Casa, contribuyendo en forma muy positiva a la formación del futuro rey de España. En verdad tan solo seis meses más tarde sería coronado Rey tras la muerte de Francisco Franco.

No podemos por falta de tiempo estudiar a fondo el trabajo realizado por el Duque de Frías sobre su ilustre predecesor, fallecido en Madrid el día 17 de Septiembre de 1.528, siendo Segundo Duque de Frías y Octavo Condestable de Castilla. Doña María de Tovar había fallecido meses antes en Ampudias. En Media de Pomar y en el Convento de Santa Clara se levantaría un monumento fúnebre al Condestable y su mujer, señora de Berlanga. Conviene hacer mención de la famosísima Capilla del Condestable en Burgos, fundación del II Conde de Haro y Primer Condestable de Castilla, Don Pedro Fernández de Velasco, padre de Don Iñigo. Por si no lo tiene en su estupenda biblioteca la dejó a la Academia de Córdoba un ejemplar del trabajo histórico sobre el Condestable, de nuestro biografiado Duque de Frías.

Aunque no tenemos tiempo para analizar con detenimiento la figura de Don Iñigo Fernández de Velasco, sí debo dedicarle unas líneas. En el mausoleo de Medina de Pomar una sencilla inscripción en mármol retrata suficientemente su figura. Como escribe el Duque de Frías el epitafio ayuda a definir tanto al Condestable como a Doña María de Tovar: Dice: "Aquí yacen los muy ilustres señores DON IÑIGO FERNANDEZ DE VELASCO CONDESTABLE DE CASTILLA Y GOBERNADOR DE ESTOS REINOS Y LA DUQUESA DOÑA MARIA DE TOVAR SU MUJER. FALLECIO EL DICHO SEÑOR CONDESTABLE EN MADRID JUEVES A DIECISIETE DE SEPTIEMBRE DEL NACIMIENTO DEL SALVADOR JESUCRISTO DE 1.528 EN EDAD DE 66 años Y LA DICHA SEÑORA DUQUESA EN AMPUDIAS SABADO POSTRERO DE NOVIEMBRE DE 1.527 EN EDAD DE 64 años. QUORUN ANIMAE SINE FINE REQUIESCANT IN PACE".

Nacidos los dos en Castilla durante el reinado de Enrique IV, jugarían un papel

importantísimo siendo testigos y protagonistas excepcionales -en palabras del extinto Duque- de la aventura Imperial de Carlos V.

Poco antes de morir en mayo de 1.527 el Condestable Don Iñigo sería uno de los padrinos del Príncipe Felipe siendo este bautizado en el Monasterio de San Pablo de Valladolid. El príncipe era nada más y nada menos que el futuro Felipe II.

Este discurso de ingreso del Duque de Frías en la Real Academia de la Historia sería contestado -ya lo dije- por el Marqués de Lozoya. Aún recuerdo las muchas horas dedicadas con una gran ilusión en su Archivo a la búsqueda de datos, a desentrañar testamentos y codicilos para hilvanar un estupendo retazo de una vida que estaba en buena parte olvidada. El Archivo era un arsenal riquísimo, inédito en su mayor parte. El Duque de Frías permitió el acceso de no pocos investigadores a los legajos, lo que no quería es poner en manos inexpertas un tesoro que se debe saber manejar. Los últimos estudiosos que tuvieron libre acceso al Archivo fueron los profesores de nuestra Universidad Don José Antonio García Luján y Don Alfonso Franco. Estos casi por espacio de dos años y medio pasaron todos los fines de Semana investigando y tal vez ya hoy se haya publicado su estupenda y exhaustiva documentación sobre el Marquesado de Villena y también muchísimos documentos relacionados con Castilla.

Pero dos años después de morir el Duque de Frías se levanta en todos los Medios de Comunicación una tremenda polvareda. El periódico "DIARIO 16" reseñaba un telegrama de Manuel Renedo, el alcalde de Montemayor, según el cual el día 19 de Julio tendría lugar el traslado del Archivo Ducal de Frías al Archivo Histórico Nacional. Según el señor RENEDO se trasladó a instrucciones hechas de palabra por el Sr. Duque a la Señora Duquesa antes de morir, pidiendo que estuviera en lugar seguro. De hecho el Archivo ya había estado después de la Guerra Civil durante varios años en el Archivo Nacional. Como digo la noticia levantó una polvareda enorme.

El Grupo de Izquierda Unida convoca una pleno extraordinario del Ayuntamiento de Montemayor en el que se debate el tema del Archivo y por todos los diversos Grupos políticos -Izquierda Unida, P.S.O.E. y C.D.S.- se urgen gestiones ante la señora Duquesa, Gobierno Civil, Junta de Andalucía, Gobierno Central para que el Archivo no salga de Montemayor. A la petición del Municipio se unen por esos días diversas instituciones y entre ellas la Universidad de Córdoba urgiendo que el Archivo, dada su importancia histórica, el hecho de llevar en Montemayor casi cincuenta años, y además contener en sus legajos documentos muy importantes relacionados con nuestra región, deberían seguir custodiados o bien en Montemayor o al menos en Córdoba o Sevilla como mal menor.

Personalmente expuse mi criterio sobre el problema en el diario CORDOBA.

Poco después el día 9 de Noviembre de 1.988 el parlamentario de Izquierda Unida en el Parlamento andaluz formula al Consejero de Cultura de la Junta de Andalucía una pregunta para ver si estaba ésta al corriente del tema del Archivo y se preguntaba si se iba a privar a Montemayor y a Andalucía de ese patrimonio histórico y cultural. En su respuesta el Consejero afirma que están al tanto, que estaban dispuestos a hacer lo que pudieran pero dentro del respeto a la legislación vigente al respecto que permitía el traslado de los Archivos privados aunque a su juicio "si no la totalidad, partes fundamentales del Archivo que afectan a la Historia de Andalucía deben quedarse en Andalucía". Paso por alto detalles de esa interpelación que harían muy largo este discurso.

Pero la verdad es que no estaban plenamente al tanto del problema. Acallada la polvareda por algo más de año y medio hasta que el día 22 de mayo de 1.990 el asunto del Archivo Ducal de Frías es objeto de una pregunta en el Senado a cargo de RAFAEL GARCIA CONTRERAS. Este solicita información sobre la situación actual del Archivo del Duque de Frías, ubicado en el castillo del mismo nombre en el pueblo cordobés de Montemayor".

El Ministro de Relaciones con las Cortes responde al Señor Presidente del Senado que "los Documentos que componen el Archivo de Frías fueron depositados en el Archivo Histórico Nacional excepto un pequeño grupo de Documentos modernos, en los últimos meses del año 1.987 por expreso deseo de la Señora Duquesa" con el fin de garantizar la buena conservación de los documentos ya que los locales en que estaba guardado en el castillo de Montemayor no reunían las condiciones y características adecuadas para la conservación de los documentos existiendo riesgo grave de deterioro en caso de permanecer en dicho lugar. "El señor Ministro termina afirmando que es posible microfilmear y facilitar copias en microfilm de los documentos a las Comunidades y pueblos relaciones con el Archivo siempre que las disponibilidades presupuestarias lo permitan". Copia de ese escrito se envió al Ayuntamiento de Montemayor el día 20 de Julio de 1.990. Queda pues claro que ni siquiera los Documentos relacionados con Andalucía han quedado en nuestra Región. El Gobierno Central ordenó su traslado al Archivo Histórico Nacional de donde habían salido para Montemayor hace cuarenta y ocho años. Personalmente quiere expresar mi discrepancia con el Ministro; Los Documentos del Archivo no estaban expuestos al deterioro. Ningún menoscabo han sufrido en cincuenta años de permanencia en Montemayor. Estaban todos estupendamente conservados en cajones y estanterías. Mi deseo sincero y el de todos los amantes del patrimonio y de la cultura fue de siempre que ese Archivo siguiera aquí como homenaje al extinto señor Duque de Frías. No ha sido posible acaso porque hayan sido decisivos los deseos expresados antes de morir para que ese legado se mantenga para siempre en Madrid, a resguardo del más mínimo peligro. En verdad nunca le pregunté al señor Duque por esos extremos del destino final del Archivo. Pero si en verdad fue su última voluntad me inclino ante ella porque las voluntades y testamentos son para cumplirlas. Pero hubiera preferido su permanencia entre nosotros.

Dos pinceladas más sobre el Duque de Frías. El día 16 de mayo de 1.986 la Real Academia de la Historia le rinde un homenaje póstumo. Solo se registra una intervención: la del Académico Numerario Dalmiro de la Válgoma quien narra el celo del Duque de Frías en la asistencia a las sesiones: nos dice que tenía en su haber nada más y nada menos que doscientas dos asistencias a las reuniones de trabajo, la última de las cuales fue el día 14 de Febrero, es decir, tres meses antes de su muerte y cuando ya su salud estaba resintiéndose con indudable rapidez.

La última temporada que el Duque de Frías pasó en el castillo de Montemayor fue el verano de 1.985. Los humos de Madrid le dañaban mucho y siempre que hablaba con los responsables de su hacienda expresaba su gozo porque estaban cerca los días de estancia en Montemayor. Precisamente la temporada de 1.985 supuso para su salud una mejora innegable. Su aspecto se renovaba, sentía ganas de vivir y el contacto con la campiña y los papeles le rejuvenecía. Quiso quedarse esta vez hasta pasada la Virgen del Pilar. De siempre le gustaba estar presente en esa Misa, felicitar al Cuerpo de La Guardia Civil y tomar unas copas con ellos festejando la Patrona. Así lo hacía siempre, pero recuerdo perfectamente que esta última vez se disculpó a causa del esfuerzo del doce de Octubre. Creo que el 18 lo despedimos a la entrada del castillo, y al pie del estribo ya se detuvo para dar instrucciones detenidas al Ingeniero-Administrador D. Enrique Vázquez sobre sementeras y arrendamiento de tierras para los ajeros de ese año. El Duque gozaba estando al tanto de todo lo relacionado con el campo. Nos despidió diciendo: "Hasta pronto".

Dios quiso que aquella fuera su última mirada a las piedras del castillo y el último apretón de manos que nos diera.

Añadiré que fue amortajado con el hábito de la Soberana Orden Militar de Malta por la que tanto se había desvivido desde su ingreso en la misma y sobre todo desde que en 1.972 fuera nombrado bailío en la rama española.

Termino. Esta es la figura del extinto Duque de Frías. Su vida, su obra, su trayectoria cultural, política y humana, brevemente reseñada. No está dicho todo pero sí sus líneas fundamentales. Baste añadir que se sintió también muy vinculado a esta Real Academia y que mantuvo cordiales relaciones de amistad y afecto con muchos académicos, algunos de ellos ya fallecidos como Don Rafael Castejón, Juan Bernier, Emilio Luque, Pedro Palop, José Luis Fernández de Castillejo, Dionisio Ortiz, etc.

Las personas mueren. Pero muchos dejan una huella indeleble que el paso del tiempo no puede borrar del todo. Deber nuestro es dejar constancia escrita de aquellas almas cuya vida no pasó sin pena y sin gloria. El Duque de Frías, como todos los hombres, tuvo fallos y errores. Pero a los hombres hay que juzgarlos poniendo en el platillo de la balanza su aportación a nuestra historia, su servicio a la cultura y a las altas causas por las que vale la pena luchar y desvelarse, entre las cuales están las del espíritu y la fe, la pasión por España.

La señora Duquesa de Frías, Doña María Inmaculada de Silva Arlor y Aragón, quiso estar presente en esta evocación sentida de su esposo. Pero la enfermedad grave de su hermano el Conde La Unión se lo ha impedido. Vaya para ella nuestro saludo cordial y nuestro afecto. Y para todos vosotros, para cuantos han querido acompañarme, sobre todo para los hijos de Montemayor, mi gratitud y mi afecto sentido.

Fuentes Documentales

Cuestionario manuscrito de la Señora Duquesa de Frías Boletín 183 Real Academia de la Historia, Cuaderno II páginas 153 a 159. Homenaje a Dalmiro de la Válgoma. 16-5-86. Inventario de los Duques de Frías. Tomos I, II y III del Catálogo, 1953, 1.967, 1.973.

Ayuntamiento de Montemayor. Copias de interpelación en el Parlamento andaluz sobre el Archivo y en el Senado.

“El Condestable Don Íñigo Fdez. de Velasco”, Discurso de ingreso del Duque de Frías en la Real Academia de la Historia. Madrid, MCMLXXXV.

Pablo Moyano Llamas. Diario “Córdoba” 1 julio 1.986. “El Duque de Frías”.

Informes verbales de D. Antonio Gómez Moreno y Doña Jacinta Pavón Nadales y Gabriel Llamas Carrillo empleados de La Casa Ducal de Frías.